

La comadróna

NEFELIBATA



BIBBIANA CAU

La comadrona

Traducción de Noelia Pousada



Duomo ediciones

Barcelona, 2026

*A mi madre Angela y a todas las mujeres
que llenan de significado la vida a su alrededor*

Los hechos y personajes de esta novela son fruto de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con personas, hechos o acontecimientos reales es pura coincidencia.

Capítulo 1

17 de septiembre de 1917, lunes

Mallena supo que se avecinaba el momento cuando le llegó el olor metálico de la sangre que goteaba por las piernas abiertas de Lucia.

–Ya viene –dijo, con la mirada fija en la joven, que, presa de la agitación, se había quitado la larga blusa de basto algodón y estaba sentada en el suelo sobre una estera de piel de carnero.

Atizó el fuego, avivó la llama con el fuelle y la luz que emanaba de la chimenea alumbró el semblante de las mujeres presentes, haciendo que centellearan las gotas de sudor en los senos de grandes y oscuros pezones de Lucia.

Las sombras se dilataban en las paredes encaladas. Siniestras, jocosas, parecían perseguirse las unas a las otras en una extraña danza.

Mallena se subió las mangas de la blusa de lino que cubrían sus fuertes brazos, enrollándolas por encima de los codos. Se ungió las manos con aceite de lentisco.

–¿Has preparado los paños que te he pedido? –le preguntó a su hija Rosa, que, aferrándose con ambas manos al taburete, se había apartado a un rincón de la estancia.

–Sí, *mamaj*, están en el banco.

–Acércalos al fuego. Tienen que estar calientes.

Esquelética, con los hombros finos y completamente vestida de negro, la *tzia* Nonnora permanecía sentada en una silla en una

esquina, rezando extrañas letanías mientras desgranaba el rosario e interrumpiéndose tan solo de vez en cuando para dar alguna que otra indicación, que Rosa no entendía.

—*M'arraccumandu* de dejarlo todo como lo he puesto yo. Nada debe permanecer cerrado: el baúl, el aparador e incluso las puertas y los cajones. Tiene que estar todo abierto, en señal de buen augurio —pidió la anciana, y retomó sus misteriosas plegarias, que solo ella parecía conocer.

Hacía poco había encendido una vela nueva en la hornacina, entre los santos, y había colocado una imagen de santa Ana sobre la falda negra. Sin dejar de rezar, alzó la mirada hacia Lucia, y a Rosa le dio la impresión de que sus ojos delataban cierta ternura, como si aquella nieta suya le pareciera de nuevo una niña.

Con cada contracción que le sacudía el cuerpo, Lucia emitía un sonido animal y, luego, se dejaba caer sobre la piel suave de la estera, estremeciéndose, a pesar de la cercanía del fuego. Llevaba así desde el comienzo de la tarde.

Colocando las manos en el abdomen tenso de la joven, Marena intuía la posición del bebé, cuyos movimientos de brazos y piernas lograba distinguir. En la esquina más alejada de la habitación, Rosa, rígida y con los ojos fijos en la escena, las contemplaba con terror. Era la primera vez que acompañaba a su madre y veía a una mujer dar a luz. No se había imaginado que fuese a llevar tanto tiempo. Sabía que tener un hijo era todo un acontecimiento, en muchas ocasiones había escuchado a su madre describir la emoción y la envergadura de aquellos instantes, pero oír a Lucia pedir auxilio, como si una bestia le estuviese destrozando el cuerpo, la asustaba. Trataba de hallar una explicación a lo que estaba sucediendo en la habitación, pero no conseguía discernir el significado de las cosas, comprender cuál podría ser el origen del miedo que se respiraba a su alrededor y que ella también sentía. Se acercó a la *tzia* Nonnora, que seguía rezando. Su canto lento la serenaba y, además, estar cerca de aquella anciana vestida de negro insuflaba en ella una sensación de quietud.

La habitación estaba llena de humo y hacía calor. Su madre estaba agachada cerca de Lucia, volviéndose de vez en cuando para echarle un vistazo al fuego, que crepitaba, y, si bien algunas chispas alcanzaban sus brazos desnudos, ella no parecía inmutarse. Buscando la mirada de su hija, le pidió que se cerciorara de que todo lo necesario estuviese listo.

—Estate pendiente del agua en la cacerola de barro y ten cuidado de que no se caiga del trípode. Mantén los paños calientes. No te lo volveré a repetir.

Después de atender todas sus peticiones, Rosa volvió a sentarse cerca de la *tzia* Nonnora, quien, con la voz cada vez más ronca y apretando el rosario entre los dedos retorcidos a causa de la artritis, invocaba con las manos unidas:

—Santa Ana, protectora de las madres y de los partos difíciles, escucha a esta humilde implorante.

Mientras tanto, presa de otra contracción, Lucia, con la boca abierta y los labios contraídos hacia atrás, había comenzado a gritar y a empujar con una fuerza tal que no parecía suya. Era como si no pudiera contenerse y no sintiese otra cosa que no fuera el deseo irrefrenable de empujar hacia abajo. Cuando inspiraba, daba la impresión de que el aire que entraba en sus pulmones no era el de la cocina, sino uno más limpio, mucho más fresco y casi de otro mundo.

Con la mirada fija en la escena del parto, cada vez que un grito parecía perforarle los oídos, Rosa se sentía paralizada por el miedo y por el estupor, y se sobresaltaba en el asiento; luego, se esforzaba por concentrarse en la voz de la anciana, que rezaba por este y por todos los partos: por los que ella misma había visto llegar a buen puerto, por las mujeres que habían perdido la vida, como su hija, la madre de Lucia, por los hijos que no había visto crecer y por todo lo que podría suceder en aquellos instantes cargados de misterio.

—Empuja, venga, empuja más, que tú puedes —la incitaba Malena, con voz firme y sin delatar emoción alguna.

Con los músculos de los brazos y de las piernas cada vez más doloridos, a Rosa le pareció que el nacimiento del segundo hijo de Lucia se alargaba en exceso, pero, justo entonces, oyó al niño llorar como un desquiciado; no hizo falta que su madre le colocara la cabeza hacia abajo y le diera unos golpecitos en las nalgas.

Con destreza, Mallena ató un hilo alrededor del cordón umbilical y, entonces, bajo la atenta mirada de su hija y de la *tzia* Nonnora, con un gesto rápido y casi automático, lo cortó con la *leppa* que había sacado del bolsillo de la falda y había pasado varias veces por la llama. Acto seguido, cubrió la hoja de la navaja con cenizas frías.

–¿Cómo está? ¿Está sano? –le preguntó Lucia, con una voz exhausta que delataba que tan solo ansiaba cerrar los ojos y descansar, pero antes quería ver y sentir al hijo a su lado.

Mallena no respondió; masajeaba al recién nacido con un aceite templado, tirándole delicadamente de los brazos y de las piernas para constatar que durante el nacimiento no se había dislocado nada. Secó el rostro rosado y mofletudo del niño, que seguía llorando. Lo envolvió en los paños que Rosa había puesto a calentar.

–Dime, Mallena, ¿qué te parece? ¿Está bien?

–Es un varón, y solo hay que oírlo llorar para responder a tu pregunta. Está fuerte como un toro –contestó ella con sequedad, pues le parecía que la voz de aquel recién nacido, que chillaba con una urgencia henchida de vida, ya lo decía todo.

A pesar del calor que desprendía el fuego y de la manta que ahora la cubría, la joven madre tenía escalofríos. Mallena le colocó al recién nacido en los brazos, por el lado izquierdo, el del corazón.

En la penumbra, Rosa vio que Lucia trataba de discernir los rasgos del niño. Aquel contacto de cuerpos palpitantes pareció tranquilizar a madre e hijo, y con un suspiro ella también se relajó en el taburete y sintió que se le destensaban los músculos.

–No es más que un recién *naschiu*, pero mirad qué avispado es; ya tiene claro lo que hay que hacer. Esto sí que es un milagro

—dijo la *tzia* Nonnora, señalando al pequeño, que, en un primer momento, había acariciado con los labios el seno de la madre y, a continuación, se había pegado por instinto al pezón, chupando hasta quedarse dormido.

Agachada delante de Lucia, Mallena, con los ojos rojos a causa del humo y del cansancio, esperó a que el cuerpo de la muchacha expulsara la placenta. Rosa la observó cerciorarse de que estuviera completa y de que no hubiera quedado ninguna parte dentro, antes de depositarla cerca de la chimenea.

Tras salir de la casa, la *tzia* Nonnora regresó poco después en silencio, acompañada de su marido y del primogénito de Lucia, que se habían quedado a esperar en la casa de los vecinos de al lado.

—Venga, acércate a ver a tu hermano pequeño.

El niño guardó las distancias, cerca de la bisabuela, si acaso turbado por el desorden y por la presencia de aquel extraño que su madre estrechaba contra sí con ojos hechizados.

Vestido con la ropa de trabajo desgastada, el viejo se acercó y acarició delicadamente a Lucia y al pequeño con sus grandes manos callosas. Ante aquel leve roce, el recién nacido siguió sumido en un plácido sueño, con las facciones del rostro relajadas.

Sorprendida, Rosa observó al anciano, absorto en ese estado de gracia, y pensó, sin llegar a comprenderlo bien, que los hombres tenían la capacidad de conciliar aspereza y dulzura en su interior. Entonces, reparó en que los ojos del viejo comenzaban a brillar e imaginó que estaba pensando en el marido de Lucia, obligado a dormir al frío, abrazado a la bayoneta, en las montañas de Trentino.

—En cuanto puedas, cava un agujero profundo en el jardín y entierra la placenta, para que los animales no la encuentren. No deben alimentarse de esa carne humana y bendita.

La *tzia* Nonnora miró al hombre directamente a los ojos, para asegurarse de que había comprendido bien lo que tenía que hacer.

Tras unos minutos de contemplación, el anciano se acercó

al niño, que, durante todo este tiempo, se había quedado de pie en la distancia, mudo y confundido; lo cogió de la mano y se lo llevó afuera.

Con la ayuda de Rosa, Mallena lavó a la parturienta con paños de lino mojados en agua templada y mezclada con un poco de vino; luego, le colocó entre las piernas otro paño suave doblado cuatro veces. Después de ponerle un camisón limpio, ayudaron a Lucia a trasladarse al dormitorio, donde, para la ocasión, contaba con la mejor ropa de cama que poseía la familia. Madre e hijo permanecerían ahí días, recibiendo las visitas de familiares y vecinos, que comerían deliciosas galletas de almendra, blandas lenguas de gato y beberían malvasía dulce a la salud del recién nacido y de toda la familia.

Después de recoger los paños manchados de sangre, Mallena cruzó por unos instantes la mirada con su hija, que se aprestó a preparar lejía de ceniza, los puso en remojo y los enjuagó en agua caliente. A pesar de que le dolía todo el cuerpo, sin decir nada, Rosa los puso a secar en las sillas delante del fuego, mientras su madre se lavaba las manos en una palangana de agua fría.

En silencio, mientras Lucia y el niño descansaban, se rezaron el tiempo necesario para cerciorarse de que todo estaba en orden.

–Es hora de que os marchéis –les dijo la *tzia* Nonnora mientras sacaba algo del aparador.

–Volveré mañana para ver cómo se encuentran –respondió Mallena, mirando a la anciana.

–Que Dios te lo pague y te recompense con *salude e bona sorte*.

Acompañándolas hasta la puerta, la *tzia* Nonnora le entregó a Rosa una pequeña porción de queso *pecorino* envuelta en un paño de tela áspera. Ella lo cogió, pero solo después de buscar la aprobación en la mirada de la madre, que ya estaba en la calle.

Capítulo 2

Hacía al menos dos horas que había anochecido y el frío viento maestral las hizo apurar el paso por las callejuelas empinadas, cercadas por casas bajas de piedra oscura. Madre e hija fueron a recoger a Daniele, a quien, al comienzo de la tarde, antes de ir a la casa de Lucia, habían dejado en la casa de la *tzia Zizza*, en la parte baja de Norolani. Nada más verlas, el niño se coló por debajo del chal de la madre, quien le acarició la mejilla con el dorso de la mano.

–Se ha pasado casi todo el tiempo fuera, con la azada. Me ha costado conseguir que entrara en casa y, desde que anocheció, ha estado callado. No ha querido ni beber un poco de agua.

La anciana señaló la taza de hierro esmaltada de blanco, con el borde abollado, que seguía llena en la mesa.

–Ya sabe, *jaja*, que desde que *babaj* tuvo que irse a la guerra, él, que siempre ha sido alegre y vivaz como un cabritillo, a veces se pone triste y se niega a hablar –dijo Rosa, tratando de excusar a su hermano pequeño.

–*Poberu fizzu meu istimadu...* No hay momento en el que no piense en él –se desahogó la anciana.

–Está jugando a ser un jabalí –dijo Mallena, sonriéndole al niño, del que tan solo despuntaba la nariz desde debajo de los flecos del chal.

Mirando al hermano, Rosa se retorció las manos, consternada.

–En la escuela tampoco habla mucho y esta mañana el *majstru*

Meloni le ha abofeteado porque no respondía a sus preguntas –reveló, incómoda.

Le había prometido a Daniele que no diría nada en presencia de la madre. Al oír las palabras de la hija, Mallena miró al niño.

–¿De verdad que te dio una torta? –preguntó, seria.

Él bajó la mirada.

–Pero yo no lloré ni nada.

Sin añadir nada más, ella lo estrechó contra sí.

–Bueno, se nos ha hecho muy tarde; tenemos que marcharnos ya. Buenas noches, *tzia Zizza* –dijo, cogiendo a Daniele de la mano.

Subieron la cuesta en la que se encontraba su casa. La luna iluminaba el adoquinado de piedras viejas y el sonido de los pasos de Mallena delataba los clavos que había metido en los tacones de los zapatos, para que duraran más.

Después de abrir con la gruesa llave, Mallena encendió la lámpara de aceite que pendía del gancho detrás de la puerta de la entrada. Una vez que dejó el chal en una de las sillas del pequeño recibidor, se dirigieron a la cocina: a la izquierda, una gran chimenea de piedra, enfrente la puerta que daba al jardín y, en esa misma pared, una ventana pequeña, como la de las otras dos habitaciones, con oscuros marcos de madera.

La muchacha dejó en la mesa el queso que le había dado la *tzia Nonnora*. Lo más urgente para Mallena era encender la chimenea, y, gracias a las brasas ocultas debajo de las cenizas, que llevaban ahí desde la mañana, la operación resultó ser más sencilla de lo previsto.

–Rosa, pon a calentar el caldo.

Lo había preparado por la mañana, después de que los hijos se fueran a la escuela. En un recipiente de terracota, con agua y sal, había cocido algunas patatas y cebollas enteras; el aire seguía impregnado del aroma de los tomates secos y de la albahaca fresca.

Mallena corrió afuera, al fondo del jardín; llevaba horas aguantando las ganas. Lavándose con un trozo de lino mojado, al fin se sintió aliviada. El resplandor de la luna le permitió arrojar con la azada un poco de tierra en el agujero y, antes de volver a entrar en la casa, lavó bien el paño y se alisó las dobleces de la falda.

Ya en la cocina, y bajo la atenta mirada de Daniele, sacó un pan negro de masa dura de la pequeña despensa del armario empotrado.

—¿Puedo cortarlo yo? —le preguntó el niño.

Ella extrajo la *leppa* afilada que guardaba en el bolsillo de la falda y se la tendió sin decirle nada. El niño cortó tres rebanadas gruesas y la hermana colocó una en cada plato. Mallena añadió una loncha del queso *pecorino* que les había dado la *tzia* Nonnora y un huevo. Luego, sirvió dos cucharones del caldo caliente, con el que se ablandaron el pan y el queso, y se endureció el huevo. Comieron en silencio.

Solo después de la cena, sentados sobre el arquibanco de madera pegado a la pared al lado de la chimenea, extendieron los pies hacia el fuego. A pesar de que todavía estaban a las puertas del otoño, dentro de la pequeña casa de piedra basáltica hacía más frío que en el exterior y aquella calidez les resultaba placentera.

—¿Qué tal en la escuela por la mañana? ¿Qué habéis aprendido hoy?

Rosa fue corriendo a por su libreta y con orgullo le enseñó la lección de aquel día.

Mallena observó atentamente aquellos signos que no conocía. Le fascinaban las palabras escritas y, si bien nunca había ido a la escuela, esperaba aprender algo a través de los hijos.

—Y tú, Daniele, ¿qué has hecho en clase?

El niño, eludiendo la pregunta, se puso a avivar con urgencia el fuego valiéndose del fuelle.

—Pero en ese lugar en el que está mi *babaj* ¿tendrán la chimenea encendida?

—¡Serás tonto! Los soldados no tienen casas como la nuestra,

con una cama, una chimenea encendida, provisiones y todas las comodidades que tenemos nosotros –contestó Rosa, mirando molesta al hermano. Le irritaban aquellas ocurrencias suyas que, para ella, eran muy inoportunas.

–Venga, lee otra vez la última carta que nos envió nuestro *babaj* –le pidió el niño, poniéndose serio, y la muchacha obedeció, ablandada por sus ojos, que se habían humedecido.

Monte Zebio, 12 de julio de 1917

Querida Mallena:

Nada más despuntar el alba, mi primer pensamiento te lo dedico a ti, mi amor, y a nuestros hijos.

Yo me encuentro en el lugar de siempre, con el fragor de los cañones austríacos en los oídos y el aliento congelado, rodeado de tantas y tantas injusticias y tratando, con vuestra ayuda, de eludir la muerte y el dolor. Rezo todos los días por salir vivo de este infierno.

Aquí, entre mis compañeros, muchos están dispuestos a morir para defender la patria, pero, entre todos, no hay ni uno solo que entienda para qué estamos luchando en esta guerra.

Yo espero seguir vivo y confío en abrazaros lo antes posible.

Siempre vuestro,
Giovanni Manca

–El que le ha escrito la carta a mi *babaj* tiene mucho talento, ¿verdad? Parece un poema, aunque es muy triste. Quién sabe qué estará haciendo ahora el *mischineddu*...

Rosa escuchó las palabras de Daniele, mientras volvía a doblar la hoja con atención, pensando en el regreso del padre y en lo maravilloso que sería ese momento tan ansiado.

Mallena también guardó silencio, con los párpados pesados, como pesado había sido el día. Era por las noches, sobre todo, al pensar en Jubanne, cuando sentía que la nostalgia le atenazaba el pecho y la agarraba por la garganta. Suspiró y, poniéndose en

pie, extendió el brazo hacia lo alto, hasta la estantería de madera, donde descansaba un pequeño cesto sardo lleno de higos secos. Cogió un puñado y se lo entregó al hijo, quedándose ella uno.

–*Mamaj*, ¿guardará alguno para cuando vuelva nuestro *babaj*?

–¡Desde luego! Para él habrá un collar entero de higos secos.

Daniele y Rosa sonrieron mientras degustaban los frutos cosechados a finales de verano que tan dulces estaban, y se divertían partiendo con los dientes las pequeñas pepitas que, luego, se les incrustaban entre un incisivo y otro.

–Es hora de lavarse bien antes de ir a la cama.

Levantando la lámpara, Mallena iluminó la jofaina que se encontraba al lado de la puerta del jardín. Mientras Daniele obedecía a regañadientes, ella cogió el brasero de cobre, lo llenó y lo metió debajo de la cama alta de hierro forjado de su dormitorio, pues no había nadie que se la calentara.